

Sentido y estructura de lo cultural (Seminario de Sociología Médica)

Diciembre 7 de 1963

Lic. Alfonso Rubio y Rubio

Debo ante todo manifestar a Uds. Mi complacencia por participar en este Seminario de Sociología Médica. Siempre he creído en la fecundidad del diálogo porque todo diálogo supone intercambio y todo intercambio se traduce en un enriquecimiento mutuo. Por otra parte me agrada muchísimo el volver a entrar en contacto precisamente con médicos. Estudiantes de Medicina fueron mis mejores amigos en los estudios universitarios y dos médicos fueron también los dos primeros amigos que yo tuve al llegar a Monterrey, el Dr. José G. Martínez y el Dr. Alfonso Garza.

Propuse como tema para esta charla el sentido y estructura de lo cultural. Los dos problemas que se dan en el corazón mismo de la teoría de la cultura, voy de propósito a tratar de eliminar todo lo que sea tecnicismo propiamente filosófico, hablar en el lenguaje más espontáneo, no quise por eso traer guiones, tratando de que sea más efectiva nuestra comunicación. Evitando, por otra parte, lo que el Padre AlberdÍ llamaba pedantería.

Tal vez con el concepto cultura nos ocurra algo parecido a lo que observaba San Agustín a propósito del concepto de tiempo. Dice San Agustín en sus confesiones: "Si no se nos pregunta qué es el tiempo, parecería que todos sabemos lo que es el tiempo, pero cuando se nos pregunta qué es el tiempo, parece que ya no sabemos lo que es el tiempo". Digo que algo similar ocurre con respecto al concepto cultura. Si no se nos pregunta qué es la cultura, parece que todos sabemos lo que es, pero en el momento en que se nos aprieta para que demos una definición de la cultura, parece que ya no encontramos las palabras precisas para esa definición. Sin embargo, ningún concepto es más utilizado por nosotros, incluso en nuestro lenguaje cotidiano. Hablamos de hombres cultos, incluso de fenómenos culturales, pero al aplicar nuestro término a un hombre le damos un sentido que parece no corresponder al sentido que cuando lo aplicamos a un pueblo, y en muchas ocasiones nos

referimos a fenómenos culturales que no tenemos nosotros en mente cuando lo aplicamos a un hombre o a un pueblo.

Es desde luego, difícil llegar a la precisión de lo que sea la cultura y mi primer esfuerzo será pues llegar a una, por lo menos, aproximación iluminadora. Hay algo que podemos tomar como punto de partida; la Cultura señala un universo exclusivo del hombre, primitivo del hombre. Es decir, que con propiedad entre todos los seres que integran el Universo sólo el hombre es o puede ser culto. Si de tal manera pues nos pertenece ese atributo de lo cultural a nosotros hombres, sería lo más normal que supiésemos perfectamente bien ese algo que nos pertenece en propiedad, pero nada de lo que esencialmente afecta al hombre presenta claridad. El hombre mismo en su ser es tal vez el máximo de los problemas. La preocupación fundamental en el orden filosófico de nuestros días apunta precisamente a esa misteriosa, problemática realidad que somos los hombres. Recuerden Uds., principalmente médicos, el libro de aquel Biólogo Francés que se hizo tan popular, tan famoso, hace unos cuantos lustros Long cet on Coolney, la incógnita del hombre.

El primer problema serio, primero en orden incluso a la importancia que plantea el hombre, es el de su mismísima existencia. Este extraordinario escritor Albert Camus, muerto hace muy poco tiempo, premio nobel, en uno de sus libros dice que no hay pregunta más acuciante y más urgente de contestar que ésta: “Si la vida humana tiene o no tiene un sentido”. En esto se hace eco Camus de la preocupación que pusieron de relieve principalmente los filósofos llamados de la existencia. Ellos señalan ya como primer misterio en relación a la vida humana el de nuestro advenimiento al mundo. Partiendo incluso de este hecho primitivo innegable, punto de partida para todo filosofar posible, el hombre es un ser en el mundo abierto al conocimiento de las cosas y al trato con otros seres a quienes reconoce como sus semejantes.

Desde que el hombre cobra conciencia de sí mismo, esta conciencia lo señala como ser en el mundo. Abierto a esa comunicación con las cosas y al trato con sus semejantes, pero el hombre se sorprende en la existencia, adviene en la existencia, acontece, diríamos, en la existencia. No ha pedido venir al mundo y el otro cabo más misterioso quizás, pero igualmente cierto es que el hombre, aunque no quiera, tiene que irse de este mundo. Ser en

un mundo al que no se ha pedido venir y del que tiene que irse aunque no quiera. Si esa es la realidad de la existencia, tiene sentido la pregunta de Camus: ¿vale o no vale la pena vivir?, o en los términos enunciados, ¿tiene o no tiene un sentido la existencia humana?

Uno de los más célebres poetas españoles contemporáneos Vicente Alexandre, tiene en uno de sus poemas esta definición de la existencia: Relámpago entre dos obscuridades; la instantaneidad que es nuestra propia vida, visto nuestro pasado histórico, los 600,000 (Seiscientos Mil) años de historia del hombre en el mundo y hacia adelante los milenios que puede reservar el porvenir. Tratar de responder a esta pregunta capital nos pone ya en el camino de entender al mismo tiempo lo que sea la cultura. Debo advertir que nos situamos en un plano por lo pronto absolutamente racional, es decir que tratamos de encontrar respuestas por los caminos de nuestra razón natural, que por lo pronto no echaremos mano de las respuestas que pueda darnos nuestra fe o nuestra religión, es decir, tratamos de encontrar una respuesta desde esta ladera. Si confrontamos la situación del hombre primitivo con la situación de nosotros hombres que vivimos en este 1963, la diferencia entre las condiciones de vida del hombre primitivo y nuestras propias condiciones de vida son infinitas.

Mientras que el hombre primitivo vive preso y oprimido por el mundo, amenazado por las fuerzas de la naturaleza en su propia existencia, con su conciencia misma aterrorizada frente a estos poderes desconocidos que son esas mismas fuerzas de la naturaleza. El hombre, que somos nosotros, a la altura de nuestro siglo, nos hemos convertido en dominadores de la naturaleza, lo que iría pues de la existencia en la vida nómada del hombre primitivo y la era, como decía el Padre Alberdí, Atómica, o de la conquista del espacio. La primera conclusión que nosotros podríamos ya derivar de esta mínima confrontación entre la situación del hombre primitivo y nuestra propia situación es que nuestra situación de hombres en el siglo XX, sólo se explica gracias a esos Seiscientos Mil años de historia humana. Es decir que hemos llegado a ser lo que somos gracias a los esfuerzos acumulados de todas las generaciones que nos han precedido en la existencia.

Curiosamente, de hombres oprimidos y presos en el mundo hemos pasado a hombres dominadores del mundo y de la naturaleza. Con este hecho paradójico, que el hombre se ha liberado de la opresión del mundo tomando al propio mundo como

instrumento para su liberación, que el mundo es para el hombre o ha sido para el hombre, para ser más preciso, la cárcel que lo tenía oprimido y el instrumento que le ha permitido evadirse de ella. No se puede perfeccionar y liberar al hombre sino perfeccionando y liberando al Universo. Si perfeccionamiento y liberación del hombre lo entendemos en un sentido de perfeccionamiento, el hombre para perfeccionarse ha tenido que asociar al Universo en este mismo perfeccionamiento; el hombre no se cultiva sino cultivando el intelecto, y ya salió la palabra.

Hemos hablado de cultivo y cultivo nos lleva necesariamente a la Cultura. Estos términos en diálogo también, hombre y mundo, nos señalan los dos sentidos que en lo filosófico interesa subrayar en relación a lo cultural. Hoy voy a emplear un término filosófico, lo que Hegel llamaba la Cultura Objetiva, ya hay lo que en la misma terminología se llama Cultura Subjetiva. La Cultura Objetiva estaría representada por ese capital colectivo de bienes que no es sino la traducción de ese proceso de humanización que el hombre ha hecho con respecto al Universo. Proceso que se da en último término en todos los órdenes de la actividad humana. No necesitamos pensar en las altas tareas del espíritu, no necesitamos pensar en la filosofía, en la ciencia, en el arte. Pensemos en la labor del campesino o en la labor del artesano y allí donde haya en la propia naturaleza el sello, la impronta del hombre, habrá también un trozo de naturaleza humanizada. Lo mismo en la disposición de un huerto, en la creación de un par de zapatos o en un dispositivo técnico, como en la creación de una sinfonía o en la creación de una escultura o una pintura maestra, o de un poema, o de una novela, o del descubrimiento de alguna ley científica, o de algún principio filosófico, encontramos nosotros la misma actitud del hombre, humanización del universo y desde agricultura, artesanía, técnica, política, arte, ciencia, filosofía, todo ello se nos da, pues, como ese capital colectivo de bienes que constituye la Cultura Objetiva.

La Cultura Subjetiva es este otro proceso de perfeccionamiento personal. Este proceso de integración personal es este proceso de hacer que logren su máximo despliegue todas las capacidades, todas las potencialidades, todas las virtualidades que se dan en nuestra propia naturaleza de hombres, y se entiende por lo dicho anteriormente que Cultura Subjetiva y Cultura Objetiva se implican mutuamente, que en la misma medida en que crecen nuestros bienes culturales, hay mayores posibilidades también de crecimiento en

este despliegue de nuestras potencialidades espirituales, humanas y a medida que existen en este ascenso mayores posibilidades, virtualidades liberadas, hay también mayores posibilidades de enriquecer ese capital colectivo de bienes.

Si quisiéramos nosotros encontrar pues ya una primaria respuesta a la pregunta si tiene o no tiene sentido nuestra vida, podríamos afirmar que tiene un extraordinario sentido, un sentido en el que se afirma nuestra solidaridad, nuestra corresponsabilidad en relación al destino del hombre condicionar con nuestra propia vida una vida más plena para nuestros hijos. Una vida de mayores posibilidades en la realización de todas esas potencialidades que suponen la plenitud de la naturaleza humana. Hablar de Cultura es para todos los pensadores contemporáneos hablar, pues, de bienes y de valores. En cuanto que justamente, y esto ya era definición escolástica, el bien se define como aquello que las cosas apetecen en cuanto apetecen su perfección. Y desde el punto de vista contemporáneo, una cosa se constituye en un bien en el momento mismo en que en ella se encuentra objetivado, cristalizado un valor.

Casi podríamos decir que toda cosa puede ser vista desde dos puntos, desde dos perspectivas diversas, en dos dimensiones. En la dimensión, tengo que emplear otra palabra filosófica, entitativa u ontológica, es decir, cuando lo que me interesa saber es qué es esa cosa, penetrar en el seno de esa cosa, responder a la pregunta ¿qué es lo que esta cosa es? y en la otra perspectiva ya no me interesa su ser, su naturaleza, sino justamente su valor, a esta perspectiva le podríamos llamar estimativa, perspectiva ontológica que ahorita no nos interesa, y la perspectiva estimativa que es ciertamente la que nos interesa. Son los mismos filósofos de la existencia los que al subrayar ese carácter primario como hecho primitivo del hombre, ser en el mundo, nos han dado también esta expresión equivalente: espíritu encarnado, la observación en realidad ya venía desde Aristóteles.

No podríamos, dice Aristóteles, entrar en contacto con el mundo como espíritus puros. Entramos en contacto con el mundo a través de un cuerpo. La intención pues me interesa sobremanera, porque nos va a llevar a una primaria distinción de bienes y de valores, tratando ya de penetrar en lo que he denominado “La Estructura de lo Cultural”. Si el hombre, se ha dicho, es espíritu encarnado, y en graciosa expresión de algún filósofo centauro ontológico habrá que atender para su plenitud integral a sus dos aspectos; al

aspecto corporal y al aspecto espiritual; de allí que haya bienes orientados directamente a su existencia en esta dimensión puramente biológica, y bienes orientados a la perfección de su existencia en el orden del espíritu, por eso se hace una primera división entre valores vitales o biológicos y valores espirituales.

Todo aquello, y en esto podemos encontrar como bien fundamentado la salud, que colabora a la preservación de la salud, a la conservación de la salud, a la restauración de la salud, todo eso se constituye en un indiscutible bien para el hombre, y lo que allí se encuentra realizado es justamente por ello un valor vital, un valor biológico. Todavía podríamos incluso hablar de una serie de bienes que trata de que la existencia humana sea más cómoda, más confortable y en el orden de la comodidad y del confort, también encontramos nosotros una serie de valores que entran en lo que podríamos, en términos generales, llamar valores de tipo técnico; pero hay otro tipo de valores, los valores encaminados directamente a la búsqueda de la perfección espiritual.

Tradicionalmente se han reconocido como facultades del espíritu la inteligencia y la voluntad. Podríamos hablar del sentimiento espiritual, también, el orden de la emoción espiritual. Me interesa mucho el que Uds. tomen en cuenta estas facultades del espíritu, porque en el orden de valores espirituales tenemos que hacer una división de valores espirituales particulares y valores que miran a la persona como totalidad. Voy a tratar de ser lo más claro posible. Hay valores que sólo tienden al perfeccionamiento de una facultad espiritual. Pongamos por caso, la filosofía y la ciencia, perfeccionan a la facultad intelectual, se llaman valores intelectuales. Indiscutiblemente implican ese crecimiento, ese ascenso, esa mayor capacidad, esa mayor comprensión, dándole a esta palabra su más rico sentido de la propia inteligencia, implica incluso el gozo de la misma posesión del conocimiento, pero su función fundamental es la perfección de esa facultad.

Otros valores, pensemos por ejemplo, los que se cristalizan en las obras de arte, tienden a la perfección de otra facultad espiritual nuestra que es el sentimiento espiritual, nuestra emoción estética, sin duda hay también ese acrecentamiento que hace que nuestra propia capacidad emocional receptiva sea cada vez mayor y se reconoce incluso el goce, el disfrute de la misma obra de arte en la que se realiza el valor estético, pero también perfecciona a una facultad, estos serían valores espirituales particulares.

El otro tipo de valor es el que más nos interesa, el que mira al perfeccionamiento de la persona como totalidad. No va a perfeccionar ya una parte del espíritu, a una facultad del espíritu, sino al hombre como un todo. Estos son los valores éticos, los valores morales. No creo que haya mejor manera de entender lo que son estos valores éticos que el subrayar el supremo valor ético que es la dignidad de la persona. Muy pocas palabras han sido tan rodadas, tan traídas, tan llevadas, como ésta de la dignidad de la persona humana, pero ¿qué es la dignidad de la persona humana? ¿Qué supone la vida de la persona humana? Kant hacía una distinción que nos puede ser muy valiosa, entre los distintos seres integradores del Universo. Hay seres, que son en sí y hay seres que se constituyen en un parásito, y lo que Kant quería significar con esto era que hay seres que se pueden constituir en medios, en instrumentos para otros seres y hay otros que son fines en sí mismos, que no se pueden constituir en instrumentos para otros seres, dar al hombre el carácter de un para-fin, de un fin en sí mismo, es justamente subrayar el hecho de la dignidad personal, ese altísimo valor ético.

Esto supone el reconocimiento no sólo de mi calidad personal, sino el reconocimiento de la calidad personal de todos aquellos a quienes llamo mis semejantes; tratarlos como personas, con la dignidad de personas, es tratarlos como fines en sí mismos y nunca como instrumentos, por eso esta dignidad de la persona humana se traduce en tres respetos fundamentales; el respeto a la vida y a la muerte, el respeto a la verdad y el respeto a la libertad. Nadie puede disponer de mi vida, soy el dueño y por ello mismo, el responsable de mi vida. Mi persona se manifiesta justamente cuando es centro de decisiones que comprometen el sentido y el destino total de mi vida y nadie puede disponer de mi muerte. Esto que parecería tan claro ha sido históricamente tan violado, que bastaría pensar en la experiencia de la última guerra con los pavorosos campos de concentración.

Respeto a la verdad, a la verdad del hombre considerado en sí mismo y en su unidad y en su totalidad. Si es grave ya el atentado a la verdad y condenamos la veracidad y el fraude y la hipocresía y la mentira, piensen Uds. cuando lo que se ofende, cuando lo que se altera es justamente la misma verdad humana. El respeto a la libertad, porque casi podríamos decir que persona es sinónimo de libertad, lo que me hace justamente dueño de

mi destino, creador de ese mismo destino, responsable, como decíamos antes, de mis propios actos.

Estos tres respetos que quedan comprometidos en la dignidad humana, eran expresados en una de las más hermosas fórmulas que yo conozco por los filósofos de la Edad Media, decían que se aseguraba el valor de la persona y de los respetos que imponen con el amor benevolente. Amor de benevolencia que consiste justamente nada más en eso, en tratar a mi prójimo como a otro yo, pero al tratarlo como otro yo, estoy reconociéndole su dignidad; no puedo atentar ni contra su vida, ni contra su muerte, ni contra su verdad, ni contra su libertad.

Todos estos valores éticos por supuesto se nos fragmentan en una serie de constelaciones verdaderamente maravillosas que muchas veces trascienden justamente a través del valor de la justicia al orden de lo social; y es en el orden de lo social cuando nosotros podríamos también hablar de los valores jurídicos, de todo aquello que hay que garantizar a través de instituciones de tipo social para este reconocimiento auténtico del hombre por el hombre. Allí y sólo allí, en este reconocimiento auténtico del hombre por el hombre, y en este amor de benevolencia, es donde nosotros podemos encontrar la base de la verdadera fraternidad humana. Dentro del orden de lo cultural propiamente dicho, no hay más valores. Valores Técnicos, Biológicos, Intelectuales, Estéticos y Morales.

Pero el hombre es un ser que trasciende el mundo. Dotado a lo eterno por eso en esta otra dimensión que no nos sitúa ya como seres en el mundo, sino como seres para Dios, que no nos hace agitarnos en la existencia tratando de hacer más familiar y más próximo este mundo y más auténtico ese reconocimiento del hombre por el hombre, sino que nos lanza a la búsqueda de participar en la más íntima generosidad del espíritu de fundirnos en esa energía originaria que es lo Divino. En esa dimensión se nos ofrecen ciertamente otros valores, los valores religiosos. En sí mismos los valores religiosos no se dan en lo cultural, pero ciertamente inciden en lo cultural, porque no podemos dividir al hombre, porque el hombre tiene esta doble vocación: qué hacer en el Mundo y destino con respecto a Dios y por eso toda religión se traduce en una ética, toda religión se traduce en una moral y toda moral se traduce justamente en una serie de normas reguladoras de cultura. Aquí simplemente quede señalado ese problema de la distinción entre el orden de

la cultura y el orden de lo religioso. Entre ese cruce que se da entre el orden de lo temporal y el orden de lo eterno, el planteamiento, pues, ya del hombre en su totalidad como naturaleza y como sobre-naturaleza.

Creo que la visión esquemática que he tratado de ofrecerles a través de esta charla no es tan fecunda en los principios enunciados como es fecunda en todas las derivaciones, en todas las culturas. Una de ellas que me parece muy importante es el terminar con esa especie de fariseísmo profesional del que hemos adolecido tanto precisamente en esta época de las especialidades. Ver un grupo de profesionistas con recelo a grupos de profesión distinta, digamos del Médico al Abogado, del Abogado al Ingeniero, del Ingeniero al Artista, creer que todos los que tenemos una determinada profesión estamos por sobre todos los demás que tienen una profesión distinta. Todos en último término los obreros, trabajadores del mundo o si Uds. quieren, para emplear una expresión religiosa, operarios de la misma línea, trabajando para el mismo Señor. Todos humanizamos el mundo y condicionamos posibilidades para nuestra propia perfección y para la perfección de nuestros hijos. Sentimos la responsabilidad que tenemos con respecto a nuestro destino personal, pero también con respecto al destino del hombre, porque así como reconocemos que lo que somos lo debemos a nuestras generaciones pasadas, sabemos que tenemos la responsabilidad con respecto a lo que sean las generaciones futuras.

En un mensaje que dirigía en un fin de cursos a un grupo de graduados del Tecnológico recordaba aquella hermosa expresión que Saint-Exupéry tiene en uno de sus más hermosos libros *Ciudadela*; le preguntaba el príncipe al Geómetra: “¿Qué diste a los hombres?”; y el Geómetra contesta: “Jardinero de un Jardín de signos, soy su parte de meditación sobre los triángulos, sabiduría de amor, de colaboración y de servicio”.